

# VIVEKANANDA

## Y SARAH

### BERNHARDT

Christopher Isherwood

En los últimos días del otoño de 1900, Swami Vivekananda tuvo una conversación en París con la mujer más famosa del mundo occidental. Fue probablemente, aunque no con certeza, su primer encuentro. Los dos volúmenes de "La Vida de Vivekananda" por sus discípulos de oriente y occidente, refieren con bastante vaguedad una ocasión anterior en que la Bernhardt "solicitó una entrevista con él" (esto no suena como la imperiosa Sarah, que hacía que la realeza se quitara el sombrero en su presencia) "y manifestó su admiración e inmenso interés en la sublime enseñanza de la filosofía que él representaba con tanta veracidad y elocuencia". La fecha que se da de este encuentro (1895) parece de cualquier modo equivocada. La Bernhardt no estuvo en los Estados Unidos ese año, aunque al siguiente los visitó en una gira de seis meses. Más aún, el mismo Swamiji, al escribir en 1900 sobre la gente que conoció en París, menciona en particular que él y

Madame Calvé, la cantante, se habían conocido previamente, pero habla de la Bernhardt como si se la acabaran de presentar.

El destinatario de sus cartas era Swami Trigunatita, que se encontraba en la India, y el tono de estas cartas de viaje, destinadas a la publicación, es a ratos instructivo, chismorriento, explosivo, fatuo, afectuoso y profético, y se encuentra entre lo más característico que escribió Vivekananda.

"Madame Bernhardt, —escribe a su hermano monje— es una señora mayor, pero cuando pisa el escenario después de arreglarse, isu imitación de la edad y sexo del personaje que debe interpretar es perfecta! Ya sea una joven o un muchacho, cualquiera que sea el papel que quieras que haga, Madame Bernhardt es la representación exacta de eso. ¡Y qué voz tan maravillosa! ¡La gente dice que su voz tiene el timbre de las cuerdas de plata!"

En un par de meses más, la "señora mayor" iba a cumplir cincuenta y seis.

Incluso la descortés cámara nos muestra que "en el escenario, después de arreglarse" no se veía ni un día mayor de treinta años. Su fotografía en el papel de L'Aiglon, Duque de Reichstad, que interpretó por vez primera en marzo de ese mismo año, nos muestra un pequeño personaje asombrosamente esbelto y erguido, en abrigo de montar y botas altas con espuelas, que no es muchacho o muchacha, ni hombre o mujer, sino asexual, sin edad, y por lo tanto inverosímil a la luz del día, fuera de los muros de un teatro.

La Bernhardt se encontraba en la cima final de su encumbrada carrera. Su actuación era, probablemente, mejor que nunca (ciertamente mejor que en los noventas, cuando con su estilo errático, su furia declamatoria y su truculencia, provocara el brillante regaño del joven crítico teatral Bernard Shaw, y su desfavorable comparación entre ella y la más moderna mesura de Eleonora Duse). Se había disciplinado a sí misma artística y emocionalmente.

Los días locos de su publicidad —el viaje en globo, el ataúd y el disparo contra el puente de la bahía de San Luis— habían quedado atrás. La vergonzosa tragedia de su matrimonio con Damala había terminado hacía mucho, al morir éste por una intoxicación de morfina. Sus extravagancias seguían siendo inmensas pero sus ingresos también lo eran, y el accidente en Río de Janeiro que habría de acarrearle una paulatina invalidez, iba a suceder cinco años más tarde.

Parece que el Swamiji fue llevado a visitarla en su camerino después de una función. Uno se pregunta quién los presentó, qué palabra se empleó para describir la ocupación del Swami a la actriz, y si ella ya había oído hablar

de él. "Madame Bernhardt —escribe Vivekananda— tiene un interés especial hacia la India. Me dice una y otra vez que nuestro país es *très ancien, très civilisé*". Debió haber un brillo en los ojos del Swamiji al recibir cortesmente esta información tan halagadora.

Hablaron como es natural, de la única obra montada por Sarah que tenía ambiente indio: Izéil, de Morand y Silvestre, un costoso fracaso. A la Bernhardt siempre le gustó, tercamente, quizás porque en ella lucía su indudable talento para el decorado escénico. "Me dijo que durante casi todo un mes visitó todos los museos y se familiarizó con los hombres, las mujeres, y los atuendos, calles y baños, y todo lo concerniente a la India".

"Madame Bernhardt —finaliza la carta— tiene grandes deseos de visitar la India. *C'est mon rêve*, dice. Una vez más, el Príncipe de Gales ha prometido llevarla a cazar tigres y elefantes. Pero en ese caso, dice ella, idebe gastar unas doscientas mil rupias si fuese a la India! Su nombre es *la divine Sarah*, ¿cómo podría estar necesitada de dinero? ¡Ella que nunca viaja sino en tren especial! Muchos príncipes de Europa no pueden darse el lujo de dedicarse a esa ostentación y a esa pompa. ¡Sólo se puede conseguir boleto para sus funciones pagando lo doble, y eso, un mes antes! ¡Bueno, seguramente no va a sufrir por falta de dinero! Pero Sarah es dada a gastar a manos llenas. Por lo tanto, su viaje a la India está suspendido por el momento."

Debajo de estas frases entre serias y burlonas, se percibe la tibieza de una simpatía inmediata. Sentado frente a la francesita semítica y vivaz, puede uno imaginarse al Swamiji: grande, alegre, su mirada divertida abarcando to-

do el lujoso conjunto, joyas, espejos, sedas, cosméticos, vestidos maravillosos. Aquí, como en todas las mujeres de todas partes, saludó a su propia hija, hermana, madre. Aquí, como siempre, se inclinó ante el principio divino y eterno, que yacía bajo otro más de aquellos disfraces extraños que nos asombran en nuestro peregrinaje hacia la realización individual. También aquí, no dejó de reconocer a un grado insólito la virtud que apreciaba tanto: el valor. El valor era, probablemente, la única cualidad que estas personalidades tan fantásticamente disímbolas tenían en común: el valor que había apoyado a Vivekananda en las horas más negras del tormento espiritual, de la pérdida de su maestro, de todas las primeras luchas y pruebas de la Orden, y que nunca lo había abandonado en la selva o en las montañas o en los recidivos de los millonarios norteamericanos; el valor que había templado a Sarah en las luchas para alimentar a su hijo, en su trabajo durante el sitio de París, en su defensa de Dreyfus, en su regreso a las tablas a la edad de setenta y dos años tras la amputación de su pierna derecha. El Swamiji debió darse cuenta y la ha de haber amado por eso.

¿Y qué pensó la Bernhardt de él? Tal vez, curiosamente, pensó en él como una especie de colega, pues ¿no había, acaso, aparecido el Swami triunfalmente ante el público? y muchos actores y actrices, incluyendo a la misma Sarah en Juana de Arco, han representado santos, —y en forma satisfactoria—, al menos para el público al otro lado de las candilejas. Por su parte, el Swamiji, con su soberbia presencia y su voz sonora, muy bien pudo haber sido tomado por un gran actor.

En una fotografía de este período vemos como los ojos del joven sannyasin, que ardían casi intolerablemente con duda y devoción mezcladas, se han suavizado y son más profundos en el rostro del hombre maduro. Los gruesos labios y las líneas que parten de las anchas fosas nasales, poseen una curva de humor alerta en el que no hay ironía, ni amargura, ni resignación; sólo una gran calma, como el mar, con una certeza levantándose sobre ella, un sol naciente y absoluto. “¿Nunca toma las cosas en serio, Swamiji?” le preguntó alguien en tono de reproche, a lo que recibió como respuesta: “Sí, cuando tengo dolor de barriga”. E incluso esto no era del todo cierto pues el Vivekananda sonriente y bromista de 1900 ya era un hombre muy enfermo. Nunca volvieron a verse él y Sarah Bernhardt. En octubre, la comitiva del Swami partió de París a Austria, los Balcanes y Egipto, de donde él zarpó hacia la India, llegando a su hogar, el monasterio de Belur, en los primeros días de diciembre. Este fue el final de su último viaje a occidente. También estaba casi a punto de acabar el mucho más largo viaje. Un día de julio de 1902, deseando quizás evitarles a sus amigos la agonía de una despedida, entró, como quien dice a escondidas, en samadhi<sup>1</sup>, y no regresó.

Sarah lo sobrevivió veintiún años, sobrevivió la primera guerra mundial, prolongó su existencia a la época de Chaplin y Mary Pickford, apareció en dos o tres películas y murió activa, preparándose a ensayar una nueva obra.

En la media docena de biografías de la Bernhardt que he podido consul-

<sup>1</sup> Extasis, Contemplación Última. N. del T.

tar, el nombre de Vivekananda ni siquiera se menciona. En realidad, esta breve anécdota de su encuentro, con intercambio de plática convencional y cortesía, podría parecer que no tiene interés alguno. Es esto mismo lo que la hace tan fascinante y significativa. Cuando se reúnen políticos o poetas, esperamos epigramas y máximas pues el habla es su medio de expresión. Pero el habla no es el medio principal de un iluminado. Su modo de aproximación es más directo, más sutil y más penetrante. Un iluminado hace contacto con uno por debajo del umbral de la conciencia diaria. No importa que hable del Príncipe de Gales, o de Dios, o que sólo sonría y no diga nada: toda nuestra vida, hasta cierto punto, cambiará a partir de ese momento.

Este es el por qué —a pesar del silencio de los biógrafos y la falta de conversación de alta filosofía— no me atrevo a decir que la visita del Swamiji no produjo ninguna impresión grande o duradera en Sarah. El reflector de la historia, que muestra un área minúscula de acción superficial con tanta brillantez, no puede ayudarnos en este caso. Todo lo que podemos aventurar es lo siguiente: “Un buen día, los dos misterios humanos conocidos para el mundo como Sarah Bernhardt y Vivekananda, se encontraron, intercambiaron ciertos signos que nosotros no entendemos, y partieron, no sabemos por qué. Lo que sí sabemos es que su encuentro, como cualquier otro suceso de este universo, ‘no ocurrió por accidente.’”

*Traducción de A. Argudín*